"Epílogo"

p. 393-396

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

## México

Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Históricas Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion\_mexicana.html





D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Epílogo

Castro, quien en una ocasión le dijo a Carranza que se cuidara de los suyos, ya que podían cansarse de él, y enviarlo al paredón, o a La Habana, a donde le enviaría sus más cordiales saludos. Lo que ocurrió, fue que en abril de 1920 los sonorenses, sus viejos aliados, sintieron que había llegado el momento de heredar la silla presidencial. Como Carranza quiso ignorarlos, éstos se levantaron en armas, apoyados por el grueso del ejército, de los gobernadores, y gran parte del personal político. Al amparo del Plan de Agua Prieta se rebelaron y obligaron a su antiguo protector, a abandonar la ciudad de México. Carranza pensó, que como en 1914, podía sobreponerse en el puerto de Veracruz, y ganar por segunda vez la partida a sus rivales, pero en esta ocasión no fue así. En el trayecto fue asesinado por Rodolfo Herrero, que recién se había amnistiado, y curiosamente gozaba de las confianzas de los aguaprietistas.

Al triunfo del Plan de Agua Prieta, Adolfo de la Huerta subió a la presidencia de la república e impuso una política de conciliación. A partir de ahí, prácticamente todos los exiliados regresaron a México. Pero hubo un suceso que llama la atención: el sistema político y social había sufrido un vuelco espectacular. No era más el mundo al cual ellos habían contribuido a forjar, y en el cual se habían ganado gran prestigio. La nueva clase política tenía de su lado al ejército revolucionario, estaba dispuesta a utilizar la violencia para conservar el poder, y se había erigido en su enemiga jurada. Cuando los expatriados volvieron al país, sabían que no tenían cabi-



da en el nuevo sistema, y que las reglas eran distintas. Quienes más sufrieron los nuevos tiempos fueron los intelectuales. Fueron pocos los que se reincorporaron al nuevo régimen para prestar sus servicios. En parte, porque formaban parte del viejo núcleo liberal porfirista, tenían los años encima, problemas de salud, y no comulgaban del todo con la nueva ideología del régimen. Su pasado porfirista, felicista y huertista, les pesó como una lápida hasta el fin de sus días. En la década de los veinte, uno a uno morirían.

A diferencia de lo que se supone, a los militares no les resultó tan adverso el nuevo orden de cosas. Con la excepción de los directamente vinculados a la Decena Trágica, en forma gradual se reincorporaron al ejército revolucionario, y por ende, al *establishment*. Con algunos actores, escritores y compositores, y en general las personas dedicadas al espectáculo, las cosas tampoco fueron tan graves. Varios continuaron en el teatro, y con los años incursionaron en la naciente industria cinematográfica. El episcopado se reorganizó y se abocó a cumplir con su misión. Pero quizás fue el único grupo que no claudicó frente al nuevo gobierno y mantuvo su postura firme y crítica frente a la Constitución Política.

Los grupos que ahora detentaban el poder, forjaron una ideología fincada en tres pilares: un ataque frontal contra el viejo sistema político al que acusaban de conculcar los derechos políticos de los ciudadanos, de negarles el derecho al voto, y a la sindicalización. En el plano económico, culpaban al gobierno porfirista de entregar las riquezas básicas del país al capital extranjero; a los empresarios nacionales y extranjeros, por explotar sin límites a la clase obrera; y a los hacendados, no sólo por acaparar inmensas extensiones de tierra, sino también por montar un vasto sistema de tiendas de raya y pagarles a sus peones con vales. Al nivel social, por mantener a un pueblo analfabeto y sin los avances médicos y sanitarios elementales. La ideología era lo suficientemente atractiva para ganarse el apoyo del grueso de la población. Naturalmente que muchas de tales cuestiones de índole económica, política y social, habían sido contempladas, analizadas, discutidas y puestas en vigor por el go-



EPÍLOGO 395

bierno porfirista, maderista y huertista. Y eso ocurría no sólo en México, sino en otras partes del mundo occidental.

En 1923 estalló la rebelión delahuertista, y al fracasar, gran parte de sus partícipes salieron al destierro. Como una década antes, se dirigieron a Estados Unidos, Cuba y Guatemala. Curiosamente, muchos de los exiliados formaban parte del nuevo personal político forjado al amparo de Carranza y del Plan de Agua Prieta. En esta ocasión, en gran parte fueron otros los militares, políticos e intelectuales expatriados. Pero en forma sorpresiva, en 1926 se sumó a ellos otra vez el clero, en defensa de sus principios, y en franco rechazo a diversos artículos de la Constitución Política. Para los arzobispos José Mora y del Río y Francisco Orozco y Jiménez, entre otros, significó su segundo destierro. Pero todo esto es otra historia.

